

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 6 DE SEPTIEMBRE DE 1931

NUM. 36



EL FLAUTISTA

EL FLAUTISTA

Si Orfeo domesticaba las fieras con su dulce música, no parece que tan raro privilegio rece ahora con el chico ese, que va a recibir en breve una ruda felpa materna en castigo del desprecio que hace de las ciencias para rendir tan solamente culto al arte.

La madre no entiende de músicas ni consiente que rueden por el suelo las Matemáticas, la Ortografía, la Historia Sagrada y la Geografía para que el nene se entretenga en imitar a los holgazanotes que pasan la vida soplando.

El camino del arte es escabroso siempre, desde los primeros pasos que se dan en él.



FIEL A LA PROMESA

La obediencia filial es de un modo característico para glorificar a Dios siempre.

Cuando Lincoln estaba en el Congreso de su patria, le criticó un amigo y conciudadano por sus costumbres de severa austeridad, diciendo:

—Por ejemplo, no hay peligro de que usted, en la posición que se encuentra y a la edad suya, se deje arrastrar por el vino.

Lincoln contestó:

—Prometi a mi querida madre, pocos días antes de que muriese, que jamás tomaría bebidas embriagadoras y considero que esa promesa es tan válida hoy como el día que la hice.

—Sí, pero hay gran diferencia de ese tiempo a esta parte. Entonces usted era

un niño, vivía rodeado de hombres corrompidos. Hoy usted es hombre formado y vive con gentes de modales y principios—insinuó aún su amigo.

—Pero cuando una promesa se ha hecho, hay que cumplirla, y con mayor razón cuando ha sido hecha a una madre.

«Honra a tu padre y a tu madre, porque tus días se alarguen.»



LA JUSTICIA

—Papá, ¿por qué pintan a la Justicia con la balanza en la mano?

—Escucha, hijo, y lo comprenderás.

Pasaban al decir esto Julio y su papá por la Castellana, a tiempo que una escena, bien extraña a la verdad, tenía lugar a corta distancia de ellos.

Dos niños, el uno de seis años y el otro de doce estaban riñendo, y el mayor, como era natural, había dejado caer al más pequeño y le daba repetidos golpes.

El chico era un pobre muchacho, y el mayor un rico heredero, amigo y compañero de Julio.

Este, llevado de su hermoso corazón, corrió hacia ellos, y separando a los dos combatientes, empezó a afear su mal proceder al mayor de los niños, mientras acariciaba al más pequeño y más pobre, que se deshacía en lágrimas, pues le habían hecho mucho daño los golpes de su contrario.

—¿No ves que es más chico que tú? ¿Así respetas a los seres más débiles, que en vez de duro trato tienen derecho a reclamar de los más fuertes amparo y protección?—dijo al rico heredero.

—Muchas gracias, Julio—contestóle el iracundo niño—te pones de parte de ese pobre diablo, que al pasar con sus sillas en la cabeza, ha tenido la audacia de chararme con una de ellas el sombrero.

—Ya le dije que fué sin poderlo remediar; que iba cargado, y no veía lo que pasaba cerca de mí—interrumpió sollozando el niño.

—Sí, envalentónate ahora porque tienes quien te defienda, pilluelo.

—Cuidado, Fernando, cómo tratas a esta pobre criatura que en nada te ha ofendido. Eso no es noble ni digno de tí. Has obrado mal, y mucho y muy sincero arrepentimiento necesitas, para que Dios te perdone tu mala obra.

—Vaya, vaya, que estás hoy original. ¡Defender a un muchacho en contra de un amigo y compañero!

—Sí, porque en esta ocasión ese muchacho tiene más razón que tú, y la justicia no consiente consideración de ningún género.

—Esa es la balanza que ponen en la mano de la estatua de la Justicia—dijo a este tiempo el padre de Julio que llegaba. Tú has sabido pesar con tanto acierto la culpa de uno y de otro que, dando a cada cual lo que es suyo, la has colocado en el fiel. Fernando—continuó—sabes la amistad que tengo con tu padre; si no quieres que le cuente lo ocurrido, y que te retire su cariño, da la mano a ese pobre niño, llévalo a tu casa, preséntale a tu padre, y pídele su protección. Repara al menos el mal que has causado, que la reparación cuando se obra mal es la justicia, y procura reprimir en lo sucesivo tan malos arrebatos.

Fernando obedeció confuso, subyugado ante la fuerza de la razón, y Julio dijo a su padre besándole:

—Gracias, padre mío; ahora he comprendido la justicia, y ojalá que nunca se borre de mi memoria cuanto esta tarde he presenciado y oído de los labios de usted.



UN MAL PREDICADOR

Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de su edad, esto es, en los treinta y tres años cabales.

Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos; y asaz simétricos y proporcionados, muy derecho de andadura, algo salido de panza; cuellierguido; su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues; zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa.

En conclusión, era el mozo galán, y juntándose a todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidar jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura; no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicado-

res que jamás citaban a los Santos Padres, ni aún a los sagrados Evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esto es vulgaridad.

A San Mateo, le llamaba el Angel historiador; a San Lucas, el más divino pincel; a San Juan, el Aguila de Patmos; a San Jerónimo, la púrpura de Belén; a San Ambrosio, el panal de los doctores; a San Gregorio, la alegórica Tiara.

Pues qué, ¿dejar de meter los dos dedos de la mano derecha, con garbosa pulidez, entre el cuello y el tapacuello de la capilla con ademán de quien se desahoga el pescuezo haciendo un par de movimientos con la cabeza mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos o tres brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho, hinflar los carrillos, y mirando con desdén a una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho!

Esto, afeitarse siempre que había de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete; y luego que hecha o no hecha una breve oración se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ademán de la manga izquierda un pañuelo de seda de a vara y de color, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas más que aire, volverle a meter en la manga a compás y con armonía, mirar a todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de «sea ante todas las cosas bendito, alabado y glorificado» y concluyendo con lo otro de «en el primitivo instantáneo ser de su natural animación»; no dejaría de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus

sermones, aunque el mismo San Pablo le predicara; que todas ellas eran por lo menos otras tantas evidencias de que allí no había ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

PENSAMIENTOS

Bueno es ejercer un derecho, pero mejor aún cumplir un deber.

La enseñanza mejora a los buenos y hace buenos a los malos.

Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo.

El honor es como la juventud: una vez perdido no se recobra.

Ningún camino de flores conduce a la gloria.

No es el mucho hacer lo que trae utilidad, sino el hacer lo que se hace con orden, con fidelidad y bien hecho.

Sujetaos al exacto cumplimiento de vuestro deber, y tomad vuestro descanso en Jesús, si quereis gozar de verdadera paz.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50. — Librería Nació Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72